

luego victorioso sobre *Pompeyo* en *Farsalia* (48). No era posible que sus jóvenes nobles resistieran á los legionarios de *César* (1).

El conquistador recorrió, sembrando la victoria, el *Asia Menor* (donde derrotó á Farnace, hijo de Mitridates), el *Africa*, apoderándose del Egipto, y *España* en que destrozó el ejército de *Sexto* (hijo de Pompeyo). Después de esto, volvió á *Roma*; sus proezas habían igualado á las de Alejandro: el pueblo le tributó honores divinos. Prodigó espectáculos y juegos, decretó distribuciones de trigo y de dinero, y deslumbró con sus liberalidades, manteniendo á todos sumisos, sin mancharse, como *Mario* y *Sila*, con la sangre de sus enemigos.

Pero la *República*, aquellas instituciones que habían dado tanto brillo y tanta gloria al nombre romano, desaparecieron para siempre; *Bruto* y *Casio*, creyendo que el mal residía en el poder y la ambición de *César*, tramaron una conspiración y le dieron muerte en el Capitolio. (44 a. de JC).

---

#### IV.—Antonio y Octavio.

LA república no existía. Los generales luchaban por saber á quién pertenecería el mando absoluto; y así como *Mario* tuvo por enemigo á *Sila*, y *Pompeyo* á *César*, *Antonio* (lugarteniente de éste y jefe de las legiones) tuvo por adversario al sobrino de *César*, al astuto *Octavio*. Primero luchan, y luego se unen estos dos caudillos, y forman con *Lépidio* (general de la caballería) un segundo triunvirato, para gobernar de común acuerdo las provincias. *Cicerón*, el romano más ilustre por su sabiduría y elocuencia, perece en esta liga funesta, sacrificado en prueba de

(1) Dicese que impaciente César por llegar frente al enemigo, se embarcó casi solo, y llegó al Epiro mucho antes que sus legiones. Viendo que no llegaban, se propone buscarlas personalmente; toma una barquilla y pronto estalla una furiosa tormenta; el barquero se atemoriza, y el caudillo le anima, diciéndole: «¿Qué temes? ¡Llevas á César! (Quid times? Cessarem vehis).

unión por *Octavio* al rencoroso *Antonio*. (1). Los *triumviro*s se proponen acabar con el partido republicano, con *Bruto* y *Casio* que se hallaban en *Macedonia* á la cabeza de cien mil hombres. En los célebres campos de *Filipos* se decide la contienda: *Bruto* y *Casio* son derrotados y se suicidan; *Octavio* y *Antonio* quedan dueños del mundo. (42).

Los dos ambiciosos no cabían en *Roma*: *Octavio* quedó en Occidente, y *Antonio* se dirigió á Oriente. No podían permanecer de acuerdo mucho tiempo; la batalla de *Accio* (Lepanto) dió el Imperio á *Octavio* (31). *Antonio* y *Cleopatra* huyeron á Egipto, donde se dieron muerte, para no servir de trofeos al vencedor. El sobrino de *César* fué entonces el único dueño del mundo.

---

## CAPITULO VI.

### Letras, Artes y Ciencias en Roma.

#### I.—Letras.—Literatura Romana.



LOS romanos no crearon nada en literatura. Durante muchos siglos fueron rudos campesinos, ocupados en cultivar sus tierras y en combatir. Todavía en tiempo de *Catón* (200), el ideal de la vida romana era «ser buen agricultor, buen soldado, enemigo del lujo y amigo del lucro.» Pero no era posible que se mantuvieran más tiempo estas costumbres y estas virtudes, tan funestas al mundo. Los cónsules que habían ido á *Grecia* y á *Oriente*, *Flaminio*, *Scipión*, *Paulo Emilio*, fueron aficionándose á las comodidades, al lujo y á los placeres del espíritu: un siglo después, todos imitaban en

(1) *Cicerón*, adicto siempre á la libertad, pronunció contra *Antonio* terribles discursos, cuando éste trató de apoderarse del mando supremo; *Octavio* lo favorecía en esta cruzada, pero por interés personal. Tan pronto como se entendió con *Antonio*, lo sacrificó entregándolo.

Roma la vida oriental y griega. *Cameades*, embajador de los atenienses, daba conferencias; sacerdotisas, adivinos, médicos, preceptores, filósofos y sabios, atraídos por el esplendor, ó llevados por fuerza á Roma, se establecían en la gran ciudad é infiltraban, al mismo tiempo que su incredulidad y sus nuevas costumbres, sus aficiones y su ciencia. ¿Qué podía hacer *Catón* contra el alud de las nuevas costumbres que amenazaba sepultar lo que permanecía en pie de las primitivas *virtudes* romanas? *Lúculo*, el verdadero vencedor de *Mitridates*, el más generoso con los vencidos, el más humano, representa, no solo la transición entre las antiguas y las nuevas costumbres, no solo el lujo y la opulencia orientales, que llegó á convertirse en proverbial [1], sino la civilización, la *humanidad helénica* en oposición con la *rústicidad* propia de los primeros siglos de *Roma*. Cuando los *publicanos* y los *procónsules*, verdaderos depredadores de las provincias, tan duros, tan crueles con los vencidos, acusaron á *Lúculo*, porque no los dejaba cometer sus habituales actos de barbarie, se retiró á su quinta de *Nápoles*, donde pasaba los días en compañía de sabios y literatos griegos, hablando de filosofía y literatura. Los mismos *Scipiones* se rodearon de griegos instruídos, buscaron Profesores griegos para sus hijos y se aficionaron á las bellezas de la vida intelectual. *Paulo Emilio* no reclamó del botín cogido en *Macedonia* más que la biblioteca de *Perseo*.

Esto, precisamente, prueba que los romanos no tenían ni gusto por las letras ni propia afición por los estudios; estudiar y componer obras literarias era para ellos *estar desocupados*. Por este motivo, la literatura romana fué siempre de imitación: sus modelos de tragedia, comedia, oda, epopeya, poesía didáctica y pastoral, historia y elocuencia, fueron en lo general copia fiel

(1) Se refiere que estando el noble romano un día solo en su mesa, extrañó la sencillez del servicio, y preguntó al criado el motivo. El cocinero se disculpó diciendo que no había convidados. «¿Cómo!—exclamó su amo—¿no sabías que *Lúculo* comía hoy en casa de *Lúculo*?»

Otra vez dejó admirados á *Cicerón* y á *César* con lo suntuoso de un banquete, para el que nada había preparado, limitándose á decir al cocinero que lo sirviese en el salón de *Apolo*. Los que se verificaban en éste ascendían á 10,000 pesos.

Un pretor que iba á celebrar una fiesta envió á pedir á *Lúculo* cien mantos de púrpura, él le dijo que mandara por trescientos.

de las obras helénicas de su género. Lo que no significa que no imprimieran en ellas la cualidades de vigor y de constancia que distinguieron siempre á este pueblo de todos los demás. Algunas de estas imitaciones, como la *Encida* (de *Virgilio*) supera en más de un punto á su original, la *Iliada*; *Horacio* iguala á *Píndaro* en la oda heroica y perfecciona la moral ó filosófica, en la que no ha tenido rival, y *Ovidio*, el tierno cantor de elegías, juntamente con *Propercio* y *Tíbulo*, nos dejaron verdaderos modelos de *poesía lírica*. Todos estos autores pertenecen al siglo de *Augusto* (I de la Era cristiana) (1). En el anterior vivieron: *Lucrecio*, (el más original de los poetas latinos), «el prosista más elegante», *César* y «el más elocuente de sus oradores», *Cicerón*; y en el posterior: *Séneca*, *Lucano*, *Tácito*, *Plinio* y *Juvenal*.

El género en que los romanos no fueron simples imitadores, sino creadores, fué la *Oratoria*. En *Roma*, como en *Atenas*, todos los asuntos de interés público se resolvían en la asamblea del Senado ó del pueblo, lo mismo que los litigios entre las personas. En el *Foro* estaban los *rostros* ó tribuna de las arengas, donde los oradores declamaban sus discursos ante el pueblo. Desde los *Gracos*, la elocuencia tomó un carácter impetuoso (demosteniano) hasta *Cicerón*, único de quien se conservan discursos completos y no simples fragmentos, como de los demás oradores antiguos. Con la caída de la República, cuando el emperador hizo suyos los poderes del Senado y del pueblo, terminó este género literario, que solo puede vivir donde alienta la libertad. Continuaron, entonces, los retóricos, que enseñaban á hablar bien, á pronunciar bien los discursos preparados fríamente, en lo general sobre temas imaginarios.

Fuera de la *Oratoria*, en la que tanto sobresalieron los romanos, de la *Sátira* como poema especial [que es toda latina] [2], y de la *historia* en que hubo escritores de primer orden [3], la literatura romana era una sim-

(1) Mesenas, amigo de Octavio (*Augusto*) protegió á varios poetas, entre ellos á *Horacio* y *Virgilio*, que cantaron la gloria de *Augusto* y su reinado. De aquí se deriva la costumbre de llamar (por antonomasia) *Mesenas* á todo protector de las letras.

(2) *Horacio* mismo lo dice: *Satira nostra tota est*.

(3) *Tito Livio* iguala á *Herodoto*, *César* á *Jenofonte*, *Salustio* y *Tácito* superan á *Tucidides*.

ple imitación de la helénica. Sin embargo, esta literatura con su idioma (el latín) es la que se propagó por Occidente, y la que ha servido de modelo á las naciones de Europa durante 19 siglos; y aun cuando ya no se habla el idioma del *Lacio*, que ha servido de lengua especial á los eruditos y de vehículo á todos los conocimientos, cierto es que se advierten sus huellas en todos los idiomas neolatinos y en el carácter de su civilización y de sus letras. Nuestra literatura es, así, helénica indirectamente, por medio de *Roma* que bebió en las abundantes fuentes del bello país del *Pentélico* y del *Himeto*.

## II.—Las Artes en Roma.

**E**N escultura y pintura, los romanos imitaron á los griegos, del mismo modo que en poesía; sus obras en estas artes, (bustos y bajo-relieves, los frescos en las casas de Pompeya), no tienen el encanto indefinible, la suavidad, la elegancia y la armonía de las helénicas: diríase que los autores se proponen, más que producir obras bellas, reproducir la realidad exactamente. Así se observa en los bajo-relieves de las columnas de *Trajano* y *Marco Aurelio*, en los cuales las fisonomías, los trajes y las escenas, están tomadas directamente de la naturaleza.

El arte romano por excelencia fué la arquitectura, en el cual no se limitaron á copiar de los griegos, de quienes tomaron la columna, sino que crearon por su parte el *arco* y la *bóveda*, con cuyos elementos arquitectónicos pudieron levantar edificios más amplios y variados que los de Grecia. Así, el *Panteón*, construído en tiempo de *Augusto*, contiene un vestíbulo como el del *Parthenón*, pero está cubierto por una enorme cúpula. Construían, también, puentes y acueductos, formados por hileras de arcos sobre un río, ó sobre valles, y tan sólidos, que algunos han durado dos mil años. Las *termas* ó baños, el *anfiteatro* y *circo*, y los *arcos de triunfo*, son también construcciones características del *pueblo rey*.

Las *termas* ocupaban siempre un gran espacio; las de *Caracalla* en Roma eran inmensas; pero todas las ciudades importantes del Imperio poseían edificios de esta naturaleza, con salas y tinas para los baños, galerías,

jardines y alamedas, y que representaba entre los romanos el mismo papel que el *gimnasio* entre los griegos. El *anfiteatro* y el *circo* están formados por varios pisos de arcos, los cuales rodean la pista ó arena, en donde se celebran carreras y combates. En *Roma* estos dos edificios eran inmensos: el «Circo Máximo,» donde se celebraban las carreras, se extendía entre dos colinas, el *Aventino* y *Palatino*, pudiendo contener hasta 380.000 espectadores: el *anfiteatro*, construído por *Vespasiano*, era de dos pisos y podía contener 70.000. Allí era donde se verificaban los espectáculos favoritos del pueblo romano: unas veces transformaban la pista en un bosque, en el cual soltaban animales feroces para que combatieran hombres armados con lanzas ó arpones; otras, (y esto era lo preferido), combatían entre sí hombres armados con diversas armas (gladiadores), el vencido era degollado, á no ser que el pueblo lo perdonara. Todavía se mantiene en pie aquel edificio colosal, como un testigo mudo de la soberbia y corrupción de aquel Imperio. El *arco de triunfo*, imitado por los modernos (por los franceses principalmente), es una gran arcada con bajo-relieves, columnatas y grupos escultóricos.

«Los romanos no construían solo con mármol, como los griegos,» sino que empleaban los materiales de construcción que tenían á mano, uniéndolos de modo tan sólido, que hoy todavía, está sembrado el suelo de sus antiguas posesiones en Europa, Asia y Africa, con ruinas de sus *termas*, *acueductos*, *puentes*, *arcos de triunfo*, *templos*, *circos*, *anfiteatros* y *rutas militares*. Sus construcciones no tenían, pues, la belleza y proporciones admirables de los monumentos griegos; pero eran más robustas, más sólidas, más prácticas, conformes con el genio vigoroso y rudo que les dió origen.

## III.—Filosofía y Ciencias.

**L**OS romanos contaron con filósofos como *Cicerón*, moralistas como *Séneca*, sabios como los *Plinio*; y en tiempos del Imperio florecieron matemáticos, astrónomos, médicos y naturalistas, en las escuelas griegas de *Atenas*, *Alejandro* y *Pérgamo*, sin contar á los teólogos y moralistas cristianos; pero to-

dos fueron hijos de la civilización oriental y helénica, de aquella brillante civilización que Roma unificó en sus vastos dominios. La única ciencia nacional de los romanos fué el *derecho*.

Esta ciencia que alcanzó colosales proporciones durante el Imperio, y que ha servido de base al derecho moderno, tuvo un origen muy humilde, una legislación ruda y grosera, como grosero y rudo era el pueblo que la produjo: tal fué la «Ley de las Doce Tablas.» (1) Todo era simbólico en este derecho primitivo: había que ejecutar ciertos actos y pronunciar ciertas palabras. Para comprar un objeto hay que arrojar un pedazo de bronce (que representa el precio) en el platillo de una balanza y decir ante los cinco individuos que forman el tribunal: «Este objeto me pertenece por la ley de los romanos, lo he comprado en debida forma con este bronce.» Si se trata de reclamar la propiedad de un terreno ó de una casa, se debe simular un *pleito* y un viaje hasta el lugar del litigio, y decir en presencia de los jueces, que han dirigido esta pantomima: «Declaro que este terreno es mío por el derecho de los romanos.» Con este respeto á las fórmulas, llegaron á establecer esta máxima: «Que el derecho sea, lo que la lengua ha pronunciado.» Como todos los pueblos primitivos, los romanos creían que las palabras y los actos simbólicos tenían una influencia mágica.

Como la «Ley de las Doce Tablas» y las reglas dictadas posteriormente eran insuficientes para resolver todas las cuestiones, se tenía la costumbre de consultar á personas «entendidas en derecho» (jurisprudentes), y sus respuestas dadas por escrito (consejos de los sabios) llegaron á tener fuerza de ley. Tal fué el origen de la ciencia del derecho (Jurisprudencia).

Los que dictaban la justicia, ó como decían los romanos, los que «pronunciaban el derecho,» eran los pretores, puesto que los cónsules ordinariamente dirigían los ejércitos. Había dos magistrados (el pretor urbano y el pretor de los extranjeros) que dictaban sus fallos de modo diferente: el primero, el *pretor urbano*, que resolvía los negocios entre ciudadanos, se sujetaba á las le-

(1) Castigaba al hechicero que, por medio de palabras mágicas hace pasar á su campo la cosecha del vecino. Permitía que los acreedores hicieran trozos al deudor: «Si cortan más ó menos (decía) no hay fraude.»

yes y costumbres de *Roma*; el segundo, el *pretor de los extranjeros*, no se atenía más que á máximas generales y á la equidad, pues que solo á los ciudadanos amparaba la ley, solo ellos tenían derecho para presentarse ante un tribunal (pretorio) pidiendo justicia. Y así como había dos pretores, hubo dos derechos: el «derecho civil» y el «derecho de gentes» (ó de los pueblos extraños á *Roma*). Pronto se vió que el más sencillo y el más humano era el «derecho de gentes,» y que el «derecho civil» estaba lleno de prácticas supersticiosas y de pequeñeces contrarias á la razón y á la justicia; tanto que un proverbio romano decía: el «derecho estricto es la injusticia suprema.» Los pretores urbanos fueron, pues, corrigiendo las antiguas fórmulas, y se atuvieron á la equidad y á la justicia, conforme pudo verse cada año en el edicto del pretor.

El «*edicto del pretor*» y los *edictos* y *rescriptos* (leyes generales y consultas) completaron en los siglos siguientes el derecho, «la razón escrita»; distinguiéndose en esta magnífica tarea los jurisconsultos *Papiniano*, *Ulpiano*, *Paulo* y *Modestino*, quienes adoptaron las ideas de los filósofos griegos, de los estoicos principalmente, y las máximas derivadas del «Derecho natural,» fundado en la conciencia humana. Lo que sirvió de base á la legislación universal fué «el Derecho romano» modificado por las costumbres de todos los pueblos y por las doctrinas morales de los filósofos griegos.

## CAPÍTULO VII.

### El Imperio Romano.

I.—Régimen político.—Los Doce Césares.

**D**ESDE que *Octavio* dió fin á las guerras civiles que ensangrentaban hacía un siglo el suelo de la República (31 a. de J.C.), creó un nuevo régimen político, en el que hacía suyos todos los poderes del *Senado*, y del *pueblo*, convirtiéndose en el magistrado único y vitalicio de *Roma*.

Tomó el título de *Emperador* (el que impera ó manda); y para denotar que tal autoridad hacía de un hombre un personaje semidivino, se le apellidó *Augusto* (venerable), con que lo conoce la historia. Así fué, que la mayor parte de los sucesores suyos se convirtió, como los héroes legendarios de Grecia, en una verdadera legión de divinidades; les consagraban templos y les tributaban culto, como á los antiguos héroes helénicos. El *Senado* continuaba, pero como una asamblea de aparatos, y el *pueblo* se componía de algunos miles de grandes *Señores* con sus esclavos, y verdaderas legiones de ociosos y mendigos. A esta población, libre de nombre, pero esclava de sus vicios, se le distribuía gratis *trigo* y *dinero*, y se le daban espectáculos *magníficos* en el anfiteatro y el circo. *Panem est circenses*, decía *Juvenal* [pan y circo], esto es lo que pide el pueblo.

Ya no hubo *legiones* formadas por ciudadanos que dejaban el instrumento del trabajo para defender la República, sino *pretorianos*, individualmente afectos á la persona del emperador, y que sólo servían bien, mientras les pagaban con exceso, haciéndoles frecuentes donativos. Con estos veteranos nada tenía que temer del pueblo; pero sí de los mismos asalariados, cuyo jefe, el *Prefecto del Pretorio*, tuvo siempre en sus manos la vida y la voluntad del Emperador y la suerte misma del Imperio.

Y no era éste, ciertamente, el mayor de los males en aquel régimen funesto, que, temerosos los «Señores del mundo» de que las antiguas familias senatoriales intentaran recobrar su poder y prestigio, se rodearon de *libertos*, de antiguos esclavos de confianza, tan sumisos con aquellos como insolentes con los *nobles* de Roma y los ciudadanos. *Palas* y *Narciso*, libertos de *Claudio*, disponían del Imperio y de los ciudadanos como si fueran propiedades suyas; *Helio*, liberto de *Nerón*, mandaba decapitar *Senadores* sin tomarse el trabajo de avisarlo á su amo; *Polión* alimentaba las *murenas* de su vivero con carne humana.

Tal fué el régimen político que inauguró *Augusto* en la «Señora del Orbe» y que continuaron los *doce Césares* hasta el año de 96 de la «Era cristiana.» Sin embargo, no todo es sombrío en este cuadro; las provincias tan duramente tratadas por los conquistadores y tan expoliadas por los funcionarios de los últimos tiem-

pos de la República, disfrutaron entonces de relativo desahogo, y de un bienestar de que no habían disfrutado jamás. El *Lugarteniente* y el *Intendente* (Delegado y Procurador de Augusto), mantenían esta paz en interés del *Fisco* ó tesoro imperial, facilitaban las comunicaciones y ensanchaban el comercio. Un autor de aquella época describe este bienestar diciendo: «Todos pueden ir á donde quieren: los puertos están llenos de navíos, los caminos son tan seguros para los viajeros como las ciudades para sus habitantes..... Habéis realizado las palabras del poeta: «la tierra es común á todos.»

Pero el cáncer roía las entrañas de aquel cuerpo político cubierto con manto de púrpura; cuando el emperador muere no se sabe quien debe sustituirle: ni la ley ni la costumbre determinan nada á este respecto. Entonces se despertaban ambiciones, y como el ejército era el eje de aquel mecanismo, imponía su voluntad sin cuidarse de nada ni de nadie, más que de sus propios intereses. Así aconteció á la muerte de *Nerón*: el *Senado*, que conservaba nominalmente el derecho de nombrar emperador, eligió á *Galba*; pero los pretorianos no considerándolo bastante espléndido le dieron muerte, elevando en su lugar á *Otón*, favorito del anterior. Las legiones del *Rhin*, proclaman entonces á su general *Vitelio*, penetran en Italia y desbaratan á los pretorianos en la sangrientísima batalla de *Bedriac*, en la que perece *Otón* (1); pero no duró mucho su triunfo, pues las de *Siria* derrotan, á su vez, á las de *Vitelio* y exaltan al solio á su caudillo *Vespasiano*.

No era esto sólo, pues que á la poca estabilidad del nuevo régimen había que añadir desventajas de otro género, no menos graves. Como al emperador se le tributaban honores divinos y obtenía de un día para otro el poder absoluto, era raro que el militar ó el funcionario de la víspera conservara en el seno de tanta grandeza y corrupción, la firmeza de espíritu necesaria para no dejarse dominar por el orgullo, la vanidad y su obligado cortejo de malas pasiones. Entre los inmediatos sucesores de *Augusto*, (cuya bondad no fué sino la de un

(1) Dicen que el vencedor exclamó al ver el cuerpo de su enemigo: «Siempre despide buen olor el cadáver de un enemigo.»

personaje de comedia) (1), se encuentran ejemplares de verdaderos alucinados, como *Calígula*, que nombró cónsul á su caballo, imbéciles como *Claudio*, glotones como *Vitelio*; ó que, como *Tiberio*, *Nerón* y *Domiciano*, lograron descender á la categoría de fieras. Solo *Vespasiano* y *Tito* «pudieron llegar á tal altura sin sentir el vértigo.»

## II.—El Cristianismo.

EN los comienzos del «Régimen político» inaugurado por *Octavio Augusto* nació en *Galilea* (provincia del norte en *Judea*) (2) el que debía cambiar la faz moral del mundo. Llamábase *Jesús*, y sus discípulos griegos le dieron el nombre de *Cristo*, esto es, el «ungido» el «consagrado por el óleo santo.» Se le ha llamado también el *Maestro*, el *Señor*, el *Salvador*. Los judíos esperaban al *Mesías*; *Cristo* fué el *Mesías* para el mundo, pero no para un pueblo sólo. Las doctrinas que predicó, forman como el ideal, hacia el que tienden los pueblos más civilizados de la tierra.

En primer lugar, *Cristo* predicó la caridad: «Amarás al *Señor*, tu Dios, con toda tu alma, y al prójimo como á tí mismo.» Para los antiguos el hombre bueno era el poderoso, el rico, el valiente: para *Jesucristo* es el que ama á los demás; para los antiguos el orgullo es una pasión noble, para *Jesucristo* sólo hay nobleza en la caridad: «hacer bien.» he aquí la verdadera virtud. La doctrina de la venganza, aceptada por los hombres y los dioses en aquella época, la combate *Jesús* de esta manera: «Sabéis que se ha dicho: ojo por ojo y diente por diente.» Yo os digo: «Si alguno os pega en la mejilla derecha presentadle la izquierda. Amad á vuestros enemigos, haced bien al que os aborrece, rogad por los que os persiguen, para que seáis dignos hijos de vuestro

(1) Dicen que al morir, el feroz triunviro, ya convertido como emperador en un modelo de prudencia y sabiduría, exclamó: Señores, «¿he representado bien mi papel?»

(2) Los Judíos se sublevaron contra Antioco Epífanés (166); y con Judas Macabeo y Jonatás, lograron recobrar su independencia. Pero los romanos, que se apoderaron del Asia en 64 antes de J.C., los hicieron tributarios, dejándoles Pompeyo su rey nacional. Mas, en el año 40 lo sustituyeron por uno extranjero, Herodes, en cuyo reinado nació *Jesucristo*.

tro *Padre* que está en el cielo, que hace brillar su sol para los buenos y los malos, y llover para los justos y los injustos.» El mismo dió el ejemplo, y cuando lo crucificaron decía: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.»

*Cristo* predicó la igualdad, pues que jamás estableció diferencia entre los seres humanos. Decía á sus discípulos: «Id y enseñad á todos los pueblos.» Luego el apóstol *Pablo* proclamaba la igualdad en estas palabras: «Ya no hay últimos ni primeros, ni griegos ni bárbaros, ni libres ni esclavos: *Cristo* está todo entero en todos;» y *Tertuliano* completaba esta idea algún tiempo más tarde, diciendo: «El mundo es una república, patria común de todos los humanos.»

*Cristo* combatió la vanidad y la soberbia con estas palabras: «Dichosos los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos; el que no renuncie á cuanto posee no puede ser mi discípulo.» Y él daba el ejemplo, yendo de una ciudad á otra sin tener nada. «El mayor de vosotros,» decía, «será el que sirva á los demás, pues que todo el que se exalte será humillado, y todo el que se humille será exaltado.» El se rodeaba de los pobres, de los humildes, y les decía: «sed suaves y humildes de corazón.»

Como *Cristo* decía que su misión era fundar el reino de Dios, sus enemigos creyeron que aspiraba á hacerse rey, y lo crucificaron, poniendo en el madero estas palabras: «*Jesús* de Nazaret, rey de los Judíos.» Esto era un error; él mismo había dicho: «Mi reino no es de este mundo.» Su objeto no era reformar la sociedad política, sino perfeccionar el espíritu. «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios,» decía al que le preguntaba si debía pagar el tributo á los romanos. Su doctrina está por entero contenida en estas sublimes palabras: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos.»

Los doce discípulos que acompañaban á *Cristo*, recibieron de él la misión de extender su doctrina por toda la tierra. Los primeros cristianos fueron judíos; pero un convertido, que se llamaba *Saulo* ó *Pablo*, la esparció por todo el Oriente, y por Grecia y Macedonia. De aquí el nombre de «Apóstol de los gentiles» con que se le conoce. «Antes vivíais sin el *Cristo*,» decía á los hombres de todas las naciones, «extraños á las alianzas y

promesas; pero la sangre del cordero os ha redimido, acercándoos y haciendo de todos los pueblos un solo pueblo en toda la tierra.»

Ya que hubo muchos cristianos, todos los de un mismo lugar se reunían para orar, cantar alabanzas al Señor, y para celebrar el misterio de la Cena. Así nació la Iglesia ó asamblea de los fieles, en donde se trataban como hermanos, y hacían donativos para sostener á los pobres, á las viudas y á los huérfanos. La comunidad seguía los consejos de los más respetados por su saber y sus virtudes, de los mayores (ancianos), de los sacerdotes. Luego se dividió la asamblea ó Iglesia en dos partes: el clero ó parte de Dios, y los laicos ó pueblo. En el clero hubo diáconos ó servidores, obispos ó vigilantes (inspectores), y arzobispos ú obispos de las metrópolis. El país ó comarca perteneciente á un obispo se llama diócesis, y arquidiócesis al del arzobispo.

El cristianismo fué perseguido desde su nacimiento; los mismos judíos obligaron al gobernador romano de Judea á crucificar á Jesús, y lapidaron á San Esteban. Los romanos después, tan pronto como las nuevas doctrinas transpusieron los linderos de Judea, continuaron la persecución con verdadero encarnizamiento, pues que los adoradores del «Dios vivo» despreciaban las divinidades gentílicas, se negaban á tributar culto al emperador y á quemar incienso en los altares de la diosa Roma. El pueblo, además, pensaba que aquella misteriosa «incredulidad» atraía sobre el imperio la ira de los dioses, cada vez que una catástrofe, espontánea ó provocada, se abatía sobre los vastos dominios de Roma, en aquella época tan fecunda en calamidades de todo género. Resonaba entonces del uno al otro extremo del Imperio el lúgubre grito: «Los cristianos á las fieras.» y perecían millares en el espantoso espectáculo del anfiteatro. Pero los cristianos soportaban con heroica alegría lo que en sentir suyo les abría las puertas del cielo; y así es que se llamaban mártires á las víctimas, y martirio al suplicio, esto es, testigos y testimonio de su fe en Cristo. Comparaban estas matanzas á los juegos olímpicos, y hablaban de palma y de corona como si hubiera en ellas atleta vencedor. Los relatos de los suplicios, escritos por los cristianos que los presenciaban, circulaban por todo el Imperio, é inspiraban el deseo de imitar á los gloriosos «confesores,» y se pre-

sentaban á sus perseguidores ó derribaban los ídolos, para poder sufrir la muerte. (1).

Otro sentimiento muy común en aquella época entre los cristianos, era que no podía conseguirse la perfección sino retirándose del mundo, para trabajar con seguridad en la salvación eterna; tales fueron los anacoretas, (que llevan vida separada) ó monjes (solitarios). Los primeros vivieron en la Tebaida (Egipto superior), distinguiéndose entre todos San Antonio [2]. Pero el anacoreta tiene un enemigo, del cual no puede librarse tan fácilmente; este enemigo es la carne: así fué que los cristianos de la primera época se imponían sacrificios para llevar la muerte á la carne, para aniquilar sus impulsos, para elevarse en espíritu hasta el Creador. Esto constituye el ascetismo (ejercicio), que por mucho tiempo parece haber sido el ideal cristiano. Mas, como la sociabilidad es intuitiva en el hombre, los anacoretas de una comarca se reunían para vivir en comunidad (cenobitas), y desde entonces nacieron los conventos, que estaban destinados á representar tan gran papel en adelante.

### III.—Siglo de los Antoninos.

**D**ESPUES de los «doce Césares,» el Imperio disfrutó de un cierto bienestar interior y de grandeza y brillo en el exterior, de que no disfrutaba desde los más bellos tiempos de la República. Nerva,

(1) Aun cuando varias comunidades prohibieron estos afanes para procurarse la muerte, el fervor no disminuyó; pero se vieron los fieles obligados á buscar refugio durante las crueles persecuciones del siglo III. Entonces abrieron galerías subterráneas en Roma (catacumbas) y en otras ciudades, y en ese sombrío mundo podían mantenerse seguros, junto á los sepulcros de los mártires.

(2) Hubo muchos monjes famosos ó anacoretas, pero el modelo de todos fué San Antonio. Se vestía con silicio de crin, ayunaba y oraba continuamente. A menudo lo sorprendía la aurora en sus oraciones, y exclamaba: ¡Oh Sol, por qué vienes á impedirme contemplar el esplendor de la verdadera luz! San Pacomio, San Macario y San Simeón estilita, se impusieron sacrificios que serían increíbles si no constaran por auténticos testimonios.

*Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio*, mostraron en el solio que antes mancharon tantos monstruos, virtudes dignas de *Cincinato* y de *Fabricio*. Desde que Nerva en el año 98 (de la Era cristiana) nombrara para sucederle al valiente *Trajano*, sentó la norma que siguieron escrupulosamente sus sucesores.

El más virtuoso de estos emperadores fué *Marco Aurelio*, que mereció justamente ser llamado «el Sabio en el trono.» En su libro «los Pensamientos» dejó consignadas las máximas que normaron su vida y que muestran el mayor esfuerzo hecho por la razón humana en pro del bien. Despreciaba el fausto y las grandezas humanas, y á pesar de esto ocupó su vida en los asuntos públicos y mandando ejércitos para repeler las primeras invasiones de los bárbaros, que principiaban ya á amenazar al coloso; pero todo por deber, sin ambiciones y por el bien general. Su vida ha quedado como un modelo del hombre consagrado á las tareas de gobierno.

Pero aquel que, por su actividad y talento militar, puede ser comparado con *César* y *Alejandro*, fué *Trajano*. Como *Marco Aurelio*, no ambicionaba el Poder, pero urgido por su posición, desempeñó el doble papel de político y de Capitán. Para conseguir fronteras de fácil defensa, *Trajano* pasó el *Danubio*, ganó tres grandes batallas á los *dacios*, pueblo belicoso y valiente que ocupaba las márgenes del curso inferior del río. (102 á 103). Sublévase de nuevo, después que *Trajano* les concede una paz ventajosa, y decide verificar la conquista: invade el país, establece colonias y convierte la *Dacia* en provincia romana (106). Este mismo pueblo fundó la *Rumanía*, que es entre los neolatinos el único que conservó el nombre y lengua de *Roma*.

Desde *Craso*, esto es, desde la época de los *triumviros*, los *partos* ó *persas*, no habían cesado de amenazar las fronteras del Imperio por el Oriente. *Trajano* pasó el *Eufrates*, tomó á *Ctesifonte*, penetró en *Susa*, donde se apoderó del trono de oro de los reyes persas, formó una escuadra en el *Tigris* y descendió por él hasta el mar de *Omán*. Intentó como *Alejandro* conquistar la *India*; pero las múltiples atenciones de su puesto en Occidente, donde las fronteras del Imperio estaban á cada momento amagadas por nuevos enjambres de bárbaros, lo obligaron á volver, dejando la *Asiria* y la *Mesopotamia* en manos de los enemigos. La «columna de *Trajano*»

que está en *Roma* y el «arco de triunfos» en *Benavente*, muestran aún al viajero los triunfos del noble caudillo hispano.

Con *Trajano* concluyeron las conquistas; *Adriano* se limitó á conservar lo adquirido, y á defender la frontera de Inglaterra, de los *pictos* ó *escoceses*, construyendo un gran baluarte que atravesaba la isla (muralla de *Adriano*). Los judíos que habían permanecido en *Palestina* después de la destrucción de *Jerusalén* por *Tito* (70 de J.C.), se rebelaron de nuevo. *Adriano* expulsó de su país á esta nación rebelde y fundó una colonia romana, con el nombre de *Ællia capitolina* en el lugar que ocupara el *Templo*. *Antonino* fué un filósofo que apenas *Marco Aurelio* pudo superarle por su sabiduría y su virtud.

La época de los emperadores filósofos (siglo II de J.C.) fué la de mayor extensión y poderío para el Imperio. Comprendía entonces los países que hoy forman la Inglaterra, España y Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Suiza, Baviera, Austria, Hungría, Turquía de Europa, Grecia, Marruecos, Argel, Túnez, Egipto, Siria, Palestina y la Turquía asiática, teniendo por límites: al Oeste, el Océano Atlántico; al Norte, las montañas de Escocia, el Rhin, el Danubio y el Cáucaso; al Este, los desiertos de Siria y Arabia, y al Sur, las cataratas del Nilo y el Gran desierto. Estaba dividido en 48 provincias, gobernadas por los delegados é intendentes, que no obstante su poder absoluto, temían al emperador, pues sabían que los *Antoninos* leían los memoriales y atendían las quejas de los empleados subalternos y de los ciudadanos. Procuraron regularizar la administración, moralizar el ejército y gobernar, en fin, conforme á los principios y reglas de la moral estoica: último esfuerzo de la civilización helénica en favor del progreso del mundo.

#### VI.—Las Revoluciones. Diocleciano y Constantino.



LA muerte de *Marco Aurelio* (180), un monstruo, *Cómodo*, inauguró un período de locuras y crueldades semejantes á las del siglo I; el Impe-



rio fué puesto en subasta por los pretorianos. (1). Los legionarios de *Bretaña*, de *Iliria* y de *Siria* nombran emperador á sus respectivos generales; *Septimio Severo*, jefe del ejército de *Iliria*, triunfa de sus competidores. Esta fué la única regla de gobierno durante un siglo: una vez hubo (de 260 á 278) 20 emperadores, cada uno en su provincia ó región; se les conoce con el nombre de los *30 tiranos*, por alusión á los de *Atenas*. Otra vez se vió con la investidura imperial un bárbaro, glotón y sanguinario, *Maximino*, que comía 30 libras de carne, y bebía 20 litros de vino en un día. (2) Al cabo de un siglo de esta anarquía militar y confusión hubo, como en el siglo II, emperadores que lograron establecer el orden y conseguir el reposo y tranquilidad que todos ansiaban. Casi todos eran oriundos de la *Iliria* y provincias danubianas; entre ellos merecen mencionarse *Claudio*, *Aureliano*, *Probo*, *Diocleciano* y *Constantino*, que combatieron á los bárbaros, infundieron respeto á las provincias y reorganizaron el ya decadente Imperio. Los tres primeros (*Claudio*, *Aureliano* y *Probo*) fueron guerreros solamente; pero los dos últimos (*Diocleciano* y *Constantino*) instituyeron un nuevo régimen político, que lleva en la historia el nombre de «régimen del Bajo Imperio.» por oposición al que los generales romanos instituyeron en *Roma* (Alto Imperio). Los emperadores de los tres primeros siglos, eran, en efecto, como los magistrados de la *República*, en quienes el pueblo depositaba ó delegaba su poder absoluto; desde *Diocleciano* la concepción del gobierno cambió, así como la vida y costumbres de los soberanos.

Los emperadores de Oriente, *Diocleciano* en *Nicomedia* y *Constantino* en la ciudad de su nombre, (*Constantinopla*), adoptaron las costumbres asiáticas, se vistieron con trajes flotantes, de seda y oro, se ceñeron la frente con la diadema, y se rodearon de funcionarios,

(1) Esto pasó en 193, después que la guardia imperial dió muerte á *Pertinax*. *Sulpiciano* ofreció mil pesos á cada pretoriano; *Didio*, mil doscientos; pero no pudo pagarlos y lo asesinaron.

(2) Uno de estos emperadores, *Eliogábalo*, hizo descender más que otro alguno la dignidad de su puesto, pues que se pintaba, se vestía de mujer, permitía que su madre reuniese un Senado femenino, y se manchó, en fin, con todos los desórdenes. Su nombre ha quedado como emblema de corrupción.

guardias y servidores, que formaron la *Corte*; aparecen *dux* (duques), *cómites* (condes) y un ejército de empleados inútiles; todo es sagrado: cámara, palacio, tesoro y consejo; todos tienen títulos y distinciones: los deudos del emperador ó *nobilísimos*, los jefes de servicio ó *ilustres*, los funcionarios superiores ó *clarísimos*, los altos dignatarios ó *considerables*. Los habitantes del Imperio dejan de llamarse ciudadanos para convertirse en *súbditos* (sometidos) ó *esclavos*. El poder del magistrado romano se une á la pompa y preocupaciones orientales, y queda el modelo de la monarquía absoluta, tal como la persiguió Europa durante quince siglos. [1].

Las demás reformas de *Diocleciano* fueron meramente exteriores y administrativas; tales como: dividir el Imperio en *Oriente* y *Occidente*, regida cada parte por un *Augusto*; fraccionar las provincias, para disminuir con la extensión su poder é influencia; y asegurar la sucesión en el Imperio por medio del nombramiento de dos colaboradores, llamados *Césares*, y que compartían el poder con los *Augustos*.

#### V.—Triunfo del Cristianismo.

**D**URANTE los tres primeros siglos, los cristianos no desempeñaron gran papel político: la reforma moral se efectuaba en la conciencia. Del siglo I al IV, los adoradores de *Cristo* no eran aún bastante numerosos para influir en la marcha política del Imperio (2); pero á partir de 312, *Constantino*, dirigido por su madre *Elena*, ya cristiana, ganó á *Magencio*, su competidor en Occidente, la terrible batalla del puente

(1) Los bárbaros, con su individualismo, destruyeron esta opresiva máquina de gobierno en Occidente; pero luego se propusieron imitarla, (tal como continuaba en *Constantinopla*), desde *Carlo-Magno*. Tal ha sido el ideal monárquico hasta la Revolución francesa. Este régimen persiste en Rusia y en Turquía.

(2) *Suetonio* que escribió la «Historia de los Césares» (siglo II), habla del fundador del cristianismo con desprecio, como de un tal *Cristo*, alborotador del populacho.

*Milvio* en *Roma*. Ya para entonces, los cristianos formaban el núcleo de su ejército, llevando el estandarte ó lábaro, con el signo de la cruz y las iniciales de *Cristo*, grabados en aquél. Poco después ataca á su rival *Licinio* en Oriente y lo derrota, concentrando en sus manos todo el Imperio.

El cristianismo había triunfado: el edicto de *Milán* (313) autorizaba el culto público de la nueva doctrina; el «Concilio de Nicea» (325) redactó la confesión de fe de los católicos, condensada en el símbolo que todavía se canta en la misa los domingos. El emperador se dirigió, en seguida, á todas las *Iglesias* ó asambleas de Oriente y Occidente á fin de que obedecieran la voluntad de Dios, expresada por el Concilio. El principal objeto de esta asamblea general fué condenar la herejía de *Arrio*, quien profesaba la creencia de que *Cristo* fué creado por el *Padre*, pero no de la misma substancia. [1].

Mientras que luchaban arrianos y católicos, los habitantes de los campos, los aldeanos, continuaban adorando los ídolos, sobre todo en Occidente. [2]. En verdad que por espacio de muchos años no se sabía cuál era la religión del Imperio. El mismo *Constantino* que reunió el «Concilio de Nicea» y que llevaba en su casco los clavos de la verdadera cruz, mandaba edificar en *Constantinopla* un templo suntuosísimo á la diosa de la Victoria y ostentaba las insignias del «Pontífice Máximo.» Uno de sus sucesores, el emperador *Juliano*, quiso restablecer el culto de los dioses; pero murió en una expedición contra el rey de *Persia*. [3]. *Graciano* fué el primero que se negó á llevar las insignias de *Pontífice*; luego, *Teodosio* terminó la obra de aquél, pronunciando penas terribles contra el que practicase el culto

(1) Estas controversias produjeron escándalos y desórdenes en todo el Imperio. Los emperadores se inclinaban ya á un partido, ya á otro, y esto aumentaba la confusión. Los bárbaros que invadieron el Occidente se convirtieron al arrianismo. Fueron necesarios dos siglos para uniformar la creencia.

(2) De aquí se deriva el nombre de paganos (campesinos), que los cristianos aplicaron después á los gentiles, esto es, á los que profesaban la religión de los pueblos, (gentes).

(3) Se refiere que al arrancarse el venablo de la herida, el apóstata cogió la sangre que manaba de ella, y la arrojó al cielo exclamando: ¡Venciste, Galileo!

de los gentiles [391]. El fuego sagrado que ardía en *Roma* desde la República, fué apagado; los últimos juegos olímpicos se celebraron en 394.

## VI.—Ultimos tiempos del Imperio.

CON *Teodosio*, también, despidió sus últimos resplandores aquel Imperio que duraba hacía cuatro siglos. De tiempo atrás, los *bárbaros*, (germanos y eslavos), que habitaban al norte, traspasaban las fronteras; pero como los romanos disponían de un ejército regular y bien disciplinado, les era fácil detenerlos. Y así pasó durante los tres primeros siglos; como ejemplo podemos referir la irrupción de 300,000 godos en el año 269. El emperador *Claudio* con un pequeño ejército los ataca y destruye en los *Balkanes*. A fines del siglo IV, ya no son bandas aisladas, sino naciones enteras las que se precipitan sobre el Imperio, impulsadas por otras: verdaderas oleadas humanas que refluyen del fondo del *Asia*. Un pueblo de ginetes tártaros, los *hunos*, cae en esa época sobre los *germanos visigodos* (godos del oeste), y los arroja sobre las fronteras de *Roma*. El emperador *Valente* sale al encuentro de aquel verdadero enjambre de bárbaros, y sufre una derrota completa en *Andrinópolis* (378), en la cual perece; *Graciano*, su colega en Occidente, escoge de entre sus oficiales á *Teodosio*, noble hispano, natural de aquella *Itálica* tan fecunda en grandes hombres, y le da, con el título de *Augusto*, la corona de *Constantinopla*. El gran guerrero vence á los visigodos, los convierte en aliados y los establece en las comarcas fronterizas del Imperio.

Conjurado este peligro, aparece otro no menos formidable: *Máximo*, general de las legiones de *Bretaña*, se subleva contra *Graciano*, lo derrota y penetra en *Italia*. *Teodosio* acude desde Oriente, le da una gran batalla á orillas del *Save*, lo coge prisionero y le da muerte. *Valentiniano*, hijo de *Graciano*, es elevado al trono de Occidente por el caudillo español; pero, tan pronto como abandona á *Roma*, *Arbogasto* [bárbaro franco], gene-